

SILENCIO Y LITURGIA

Silencio y hombre de hoy

I - EL SILENCIO, PARTE INTEGRANTE DE LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA

1. La liturgia es oración
2. La liturgia es la voz de Cristo y de su Esposa
3. La liturgia es un diálogo
4. La liturgia es encuentro
5. La liturgia es alabanza y adoración

II – EL SILENCIO EN LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA Y EN LA LITURGIA DE LAS HORAS

A. El silencio en la celebración eucarística

1. Cuatro silencios fecundos

- a. Silencio de conversión
- b. Silencio de petición
- c. Silencio de fecundación de la Palabra
- d. Silencio de presencia amorosa

2. Otros silencios

B. El silencio en la Liturgia de las Horas

Consideraciones finales

Silencio y hombre de hoy

Es innegable que el momento que nos toca vivir tiene múltiples aspectos positivos, alentadores y dignos de admiración. Pero también hay que admitir que se ciernen sobre nosotros nubes de tensiones sociopolíticas y generacionales, crisis de crecimiento, temores ante posibles conflictos bélicos, explosiones atómicas o contaminación ambiental. Estas presiones psicológicas, por un lado, y el progreso técnico, por otro, hacen que el hombre de hoy viva aturdido y convulsionado, angustiado y disperso. Por otra parte, diariamente se crean nuevas necesidades al servicio del confort. Debido al ritmo desbocado que ha tomado la vida, el hombre moderno tiene que enfrentarse casi permanentemente con la agitación y el ruido. Se advierte en muchos ambientes, incluso religiosos y eclesiales, un peligroso contagio de eficientismo y activismo que absorbe y aturde. Es más, abundan esas celebraciones litúrgicas, que más que encuentros íntimos, sagrados y trascendentes, son simples mítines políticos o reuniones sociales impregnados de ruidos y movimientos, que dejan como saldo un tremendo vacío. Son celebraciones carentes del sentido de lo sagrado y de lo festivo.

Por todo esto, hoy más que nunca nos faltan tiempos y lugares para encontrar silencio, reposo y contemplación. Estamos al borde de perder algo muy precioso: la capacidad de admiración. De ahí que sea urgente la necesidad de buscar momentos y ocasiones de silencio, incluso “para

ayudar a restablecer lo que podríamos llamar el equilibrio ecológico del psiquismo colectivo” (Père BUSQUETS, *El silencio en la celebración*. “Phase” 92 [1976] 148).

No obstante, a Dios gracias, también se advierte en este nuestro mundo contradictorio un resurgimiento y un efectivo gusto por la oración, la meditación y el diálogo con lo trascendente, especialmente en la juventud.

De todos modos, tanto esas tensiones y agitación como este deseo de oración y de silencio, —a parte de otros posibles momentos y ocasiones—, pueden encontrar en la celebración litúrgica la ambientación y la atmósfera ideales para la reflexión y contemplación.

I - EL SILENCIO, PARTE INTEGRANTE DE LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA

La celebración litúrgica por su misma naturaleza es una oportunidad privilegiada para encontrar esa paz y ese equilibrio necesarios. Por algo el Concilio Vaticano II nos recomienda: “Guárdese, además, a su debido tiempo, un silencio sagrado” (SC 30). El silencio forma parte de la celebración litúrgica. Pero desgraciadamente no siempre se tiene en cuenta. La participación activa de los fieles en la acción litúrgica por medio de aclamaciones y oraciones vocales en unión con el celebrante se comprende más o menos fácilmente. Pero lo que tal vez se comprende menos es el silencio en la misma celebración. Nunca ponderaremos bastante la importancia del silencio dentro de la liturgia. El silencio es la llave que abre la fuente interior de donde brota la palabra. Silencio éste que no es fruto de la indigencia, del individualismo y de la inercia, sino silencio que dice plenitud, que no es vacío, sino cumbre o, coronamiento de la participación litúrgica. Es fácil llegar a hacer que el pueblo cante, que el pueblo conteste, que el pueblo tome posiciones corporales respetuosas y que se mueva en la acción litúrgica con gran perfección. Pero, si no es capaz de llenar por sí esos momentos de silencio, tenemos que confesar que ha quedado en los umbrales mismos de la participación activa.

La liturgia es ciertamente acción, movimiento, ejercicio, es el ejercicio del sacerdocio de Cristo realizado a través de signos sensibles (SC 7). Pero esa acción implica el silencio, como elemento integrante del dinamismo general de la acción litúrgica. Así se desprende de la noción misma de liturgia. Sin pretender dar una definición, ni una descripción acabadas de la naturaleza de la liturgia, vamos a fijarnos en algunos aspectos de la misma para descubrir la necesidad del silencio dentro de la celebración litúrgica.

1. La liturgia es oración

La liturgia es oración y exige una actitud de escucha, “El punto de encuentro esencial con el misterio religioso, con Dios, está dentro de nosotros, está en la celda interior de nuestro espíritu, está en aquella actividad personal, que llamamos *oración*. Es en esta actitud de búsqueda, de escucha, de súplica, de docilidad, donde la acción de Dios nos llega normalmente...” (PAULO VI, *Audiencia General*, 14 de agosto de 1969). El verdadero silencio es atención, es tensión tranquila, alerta interior, es búsqueda y respuesta al Otro que viene —“Dios nos amó primero” (1 Jn 4,10)—, es actividad profunda del amor que escucha. “Dichoso el hombre que me escucha velando ante mi puerta cada día” (*Pr* 8,34). “Bueno es esperar en silencio la salvación de Yahvéh” (*Lm* 3,26).

El silencio es saber escuchar. Escuchar es el pregón de todos los profetas, proferido con la autoridad de Dios (cf. *Am* 3,1; *Jr* 7,2; *Pr* 1,8; *Jr* 6,10; *Mc* 4,3; *Mc* 9,7; *Jn* 8,43. 47). Es que la Palabra divina fue dicha de modo especial para ser oída. Ya lo dijo san Pablo: “La fe viene por el oído” (*Rm* 10,14). De ahí la importancia de saber escuchar en la acción litúrgica. Quien no se retira dentro de sí, quien no escucha, difícilmente verá la verdad. Sin esta vivencia en los fieles,

todas sus respuestas a la Palabra serán huecas y su vida seguirá igual y la renovación litúrgica habrá fracasado. Entonces la liturgia de hecho ya no será “la fuente primaria y necesaria de la vida cristiana” (SC 14). Con esto no se quiere negar el valor intrínseco de la Palabra. Sin embargo, la Palabra alcanza su verdadera eficacia, cuando entra por el oído. La palabra oída posee más que la leída aquella virtud suave y vigorosa de conmover la entretela del corazón, el fondo del espíritu y la sensibilidad de la conciencia. Por eso, la Palabra eterna vino a nosotros no como luz que brilla en la mente, ni tampoco escrita en algún libro, sino haciéndose hombre. “Se hizo carne” (*Jn prol.*) y los hombres pueden verlo, oírlo, palparlo con sus manos.

2. La liturgia es la voz de Cristo y de su Esposa

En la liturgia, Cristo, la Palabra hecha carne, ejerce, mediante signos sensibles y eficaces, su función mediadora ante el Padre (*I Co 1,30*). Nuestra actitud deberá ser la de dejarse invadir, asociar nuestra oración a su plegaria viviente. Esto se realiza de un modo especial en la celebración litúrgica, pues “el Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. El mismo une a sí la comunidad entera de los hombres y la asocia al canto de este divino himno de alabanza. Porque esta función sacerdotal se prolonga a través de su Iglesia, que sin cesar alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo, no sólo celebrando la Eucaristía, sino también de otras maneras, principalmente recitando el Oficio divino...” (SC 83). “Entonces es en verdad la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su cuerpo, al Padre” (SC 84). Aquí la verborrea de la creatura ha cesado. Dios habla a Dios. Es la oración modelo impregnada de silencio.

Se comprende fácilmente que, así concebido el silencio en la liturgia, se puede hablar de participación activa con toda propiedad incluso cuando se escucha, por ejemplo, un motete polifónico, o una pieza gregoriana bien cantada, aunque se ignore el latín.

3. La liturgia es un diálogo

Por otra parte, “en la liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración” (SC 33). Es un diálogo, donde los interlocutores son numerosos: hay palabras del celebrante y respuestas de la multitud, invitaciones del diácono a la oración, cantos del coro en los que participa también el pueblo fiel; se oye la voz del lector, etc.; es un diálogo completo o una conversación, y como tal, no debe carecer de un elemento importantísimo: el silencio.

El silencio es realmente un elemento muy importante en relación con la palabra, porque ésta expresa muy fragmentariamente lo que uno tiene en su interior: la totalidad del ser y del existir. Antes de hablar, de expresarse, uno es; y existe una gran desproporción entre lo que se expresa y lo que uno quiere expresar. Jamás se dirá todo lo que uno quiere decir. En torno a lo dicho queda siempre algo latente: la propia naturaleza, la persona, el acto de donde sale la palabra. Lo que en el hombre expresa el ser de una manera más aproximada, no es su palabra, es más bien, su simple presencia silenciosa. Con una presencia se dice mucho más que con una palabra. Lo que pretenden decir las palabras: pensamientos, deseos, sentimientos, afectos... queda imperceptible a los sentidos. Para que la palabra sea realmente inteligible deberá ir acompañada de un espacio de silencio. De lo contrario, se engendrará confusión tanto para el que escucha como para el que habla. La misma fisiología del lenguaje humano exige esa necesidad de ritmo: silencio-palabra, una combinación necesaria incluso para respirar y pensar lo que se dice. Hay que rodear la palabra de un hálito de silencio, si se quiere que el pensamiento sea sugestivo y eficaz. La palabra debe ser el eco madurado de la actividad del ser, de la persona. Las palabras,

las ideas que han transformado y revolucionado más profundamente a la humanidad son aquellas que fueron dichas desde adentro, maduras y fecundadas en el silencio.

Por eso, el silencio es algo muy importante dentro de una conversación, dentro de un diálogo. Palabra-silencio, equilibrio y alternancia necesarias para una comunicación verdadera y fructífera entre los hombres y de éstos con Dios. Esta es la única manera de captar la profundización, el contenido de esa Palabra que escuchamos en la acción litúrgica.

Dios nos habla, Dios se manifiesta a través de la corteza de esa Palabra que ha sido comunicada a una asamblea cultural dentro del recinto sagrado. La Palabra, para que pueda cumplir su misión, debe encontrar en el hombre espacio interior, libertad y ponderación que sólo en el silencio se logra. El silencio esclarece a su manera el diálogo entablado entre Dios y el hombre, precediendo, acogiendo o prolongando la palabra. Es lo que nos quiere inculcar el Eclesiastés cuando dice: “Hay tiempo para callar y tiempo para hablar” (3,7), entendiendo esta máxima en diversos grados de profundidad.

La liturgia está compuesta en parte de palabras que proceden de Dios y se dirigen a Dios. Y sólo en el silencio prende la Palabra divina. El diálogo con Dios en que se ha dejado lugar al silencio, acaba, es coronado por el reposo colmado en la humildad (*Sal* 130,2) y por la meditación de las cosas de Dios. Es un verdadero encuentro íntimo, es presencia.

4. La liturgia es encuentro

Sabemos que “Cristo está presente en el Sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: ‘Donde están dos o tres congregados en mi nombre allí estoy Yo en medio de ellos’” (SC 7). Ahora bien, esto exige que el cristiano corresponda presentándose ante El, haciendo acto de presencia. Pero ha de ser una presencia verdadera, en cuerpo y alma, con el pensamiento y el interés, con atención, respeto y amor.

Sólo en este “silencio-presencia” experimentará el cristiano en su espíritu y en su corazón la Presencia divina. Sólo así podrá llegar hasta Él y corresponder con amor y adoración. Entonces se realizará verdaderamente la participación activa, consciente y fructuosa que quiere el Vaticano II, porque estar presente y participar en la acción litúrgica es algo más que estar sentados o de rodillas o dialogar con el celebrante. Es un acto que arranca de dentro. Es apertura y es disponibilidad. Es “un-estar-a-disposición” del soplo furtivo. En este silencio, que es disponibilidad, acogida al Otro, la Palabra deja huella. Este silencio es un estado de alerta interior, una aptitud para tomar una resolución consciente y responsable. Viene a ser una disposición para la vida. Un dejarse modelar. Es despojarse del yo, para llegar a ser verdaderamente Alguien.

5. La liturgia es alabanza y adoración

Ante esta presencia divina, al caer en la cuenta de la cercanía de Cristo, vemos por la Escritura que la reacción de la creatura es de admiración, de respeto, de adoración, actitud de silencio. “Y cuando hubo abierto el séptimo sello, siguióse un silencio en el cielo, como media hora” (*Ap* 8,1). “Desde el cielo proclamas la sentencia: la tierra teme sobrecogida” (*Sal* 75,9). Y cuando el Señor va a visitar al hombre, la tierra guarda silencio: “El Señor está en su templo santo. Calle la tierra toda ante su acatamiento” (*Ha* 2,20). “Permaneced en silencio ante el Señor Dios,

porque el día del Señor está cerca” (So 1,7). “Callen todos los mortales ante el acatamiento del Señor porque El se ha levantado y ha salido de su santa morada” (Za 2,17).

La presencia de Cristo en la acción litúrgica exige, pues, del cristiano una actitud de adoración, de sentido de Dios. Le invita a hacer un acto de presencia interior, plena. Reclama atención.

II - EL SILENCIO EN LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA Y EN LA LITURGIA DE LAS HORAS

A. El silencio en la celebración eucarística

La liturgia de Santiago se expresa así:

“Toda carne mortal guarde silencio y esté con temor y temblor; no la domine ninguna consideración terrena, pues el Rey de reyes y Señor de los señores, Cristo nuestro Dios, avanza para ser sacrificado”.

(F. E. BRIGHTMAN, *Liturgies Eastern and Western*, Vol. 1, pág. 41, Eastern liturgies Clarendon, Oxford, 1896).

La celebración del Misterio de Cristo debe producir en el alma: alegría, paz, felicidad. Esto no se logra, sino mediante un exacto equilibrio entre: música-silencio, palabra-silencio, actitudes-gestos silenciosos, etc. Ahora bien, este silencio no debemos medirlo por su duración, sino por su intensidad. De ahí que no se pueden dar reglas al respecto. Depende del estilo y del ritmo de la celebración dentro de cada asamblea particular.

1. Cuatro silencios fecundos

Son diversos los momentos de la celebración de la Misa en los que se pueden introducir oportunamente estos tiempos de silencio, pero los principales son los que nos señala el número 23 de la “*Institutio Generalis Missali Romani*” (IGMR): el silencio del rito penitencial, el silencio de la oración-colecta, el silencio después de las lecturas y de la homilía y el silencio de alabanza y acción de gracias después de la comunión. A todos estos momentos de silencio, para mayor claridad, podemos aplicarles un nombre de acuerdo a las características de cada uno. Así tenemos el “Silencio de conversión”, “Silencio de petición”, “Silencio de fecundación de la Palabra” y “Silencio de presencia amorosa”.

a. Silencio de conversión

La IGMR en el número 24, cuando habla del rito penitencial dice:

“La finalidad de estos ritos es constituir en comunión a los fieles reunidos y disponerlos a escuchar debidamente la Palabra de Dios y celebrar dignamente la Eucaristía”.

Por eso, el celebrante, después del canto de entrada, invita a la comunidad a recogerse unos instantes. Esto supone un retirarse en la intimidad de la conciencia mediante una silenciosa y contrita oración. Viene a ser un arrojarse en los brazos del Padre, como el hijo pródigo.

Pero es importante tener presente que este silencio no significa tanto purificarse de los pecados, para ser dignos de celebrar la Cena del Señor, cuanto reconocerse realmente como pecador, para acoger mejor el don de Dios.

Este silencio significa volverse nuevamente al Señor. Es una conversión y en la conversión, Dios tiene siempre la iniciativa, que realiza mediante nuestro consentimiento libre. Dice Jeremías 31,18: “Haz que vuelva y volveré”. Y el Salmo 79: “¡Oh Dios!, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve”. Pero precisamente para esa iniciativa de Dios hay que estar preparados, debemos saber escuchar, tenemos que estar atentos para oír su llamado misericordioso.

En la práctica sabemos que desgraciadamente este silencio puede quedar totalmente desvirtuado por el ruido de las personas que llegan tarde o suprimido por las prisas del celebrante o sustituido por las larguísimas que deberían ser brevísimas (cf. IGMR 29) palabras de introducción a la Misa del día. No obstante, se necesita ante todo el silencio exterior que prepara y protege el interior. Es “un-estar-a-solas”, cara a cara frente a Dios.

Puesto que somos miembros de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, todo pecado personal afecta también al Cuerpo (1 Co 12,12-27). Por eso no está ausente ni indiferente la Iglesia en la reconciliación. En este caso ella interviene simplemente con su presencia y actitud silenciosa manifestando su solidaridad con los miembros pecadores y enfermos, lo que somos todos en diversos grados.

Durante estos ritos penitenciales se pueden evocar los *cinco momentos en la vuelta hacia la casa del Padre*, que realizó el hijo pródigo de la parábola del Señor. Los breves instantes de silencio deberán quedar llenos con los tres primeros momentos: 1º *toma de conciencia* de la propia miseria: “reflexionar o volver sobre sí mismo” (Lc 15,17). 2º *decisión*: “me levantaré, iré a mi Padre y le diré: Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo”. 3º *conversión*: “Se levantó y fue a su Padre” (Lc 15,20).

Estos tres momentos pueden realizarse en un solo golpe de vista, en una mirada profunda de la mente y del corazón y luego cristalizarán en el 4º momento: una *confesión* sincera de las propias debilidades: “Padre pequé contra el cielo y contra ti” (Lc 15,21). Es el acto de contrición públicamente manifestado: “Yo confieso ante Dios...”. 5º La *reconciliación* festiva se inicia con la absolución del celebrante y culmina con una Comida, la Comida de la Mesa de la Palabra y la Comida del Cuerpo y la Sangre del Señor, que se lleva a cabo en medio de una inmensa alegría, la alegría festiva del Misterio Pascual, pues “convenía festejarlo y alegrarse por ello”. Porque “este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida”. Por eso “hay una gran alegría en el cielo por un solo pecador que se convierte” (Lc 15,24-32).

b. Silencio de petición

Después de la invitación a orar de la oración-colecta, “todos, juntos con el sacerdote, guardan un breve silencio para actualizar la presencia de Dios y formular interiormente sus intenciones y deseos” (IGMR 32). Es el momento en que cada fiel debe esforzarse por tomar conciencia de la presencia de Dios en medio de la asamblea y formular en el secreto de su corazón sus peticiones y anhelos.

Luego, el sacerdote reúne en un haz único estas súplicas, les da expresión pública y les confiere la unanimidad. De ahí el nombre de “Collectio”, “collecta”: recoger, aunar. “El pueblo, uniéndose a la oración y asintiendo a ella, hace suya la oración con la aclamación: “Amén” (IGMR 32 y 88).

De este modo, se concilia armoniosamente la unanimidad de la asamblea con la originalidad incommunicable de la oración personal.

c. Silencio de fecundación de la Palabra

En este diálogo entre Dios y la asamblea (IGMR 33), debe dejarse un amplio margen a su elemento esencial, el silencio. Después de las lecturas y de la homilía unos momentos de recogimiento silencioso permitirán a la Palabra prender en el alma para que la verdad madure en la lenta germinación interior.

El libro de la *Sabiduría* (18,14-15) dice: “Mientras un silencio apacible, lo envolvía todo, y en el preciso instante de la medianoche tu omnipotente Palabra, Señor, se lanzó desde los tronos reales del cielo”. La liturgia de Navidad aplica este texto a la Encarnación del Verbo. Y en estos instantes silenciosos de la celebración, Cristo viene en su Palabra para ser encarnado en nosotros. El silencio de despojamiento tiene aquí un lugar especial para dejarse asumir por la Palabra.

María escuchó de tal manera esta Palabra y la recibió tan profundamente que llegó a ser madre, la revistió de carne, y luego la presentó al mundo. Como la Virgen, cada uno de nosotros debe comprometerse con esta Palabra, para presentarla al mundo transformada en su propia carne.

Este silencio es abrir el surco de nuestra tierra, tierra de encuentro para los hombres, de suerte que la semilla, la Palabra de Dios, pueda ser atrapada en ese abrazo amoroso de aceptación total de la misma. Es aceptar en el receptáculo de la memoria las palabras escuchadas y mantenerlas en la profundidad del corazón a imitación de María, “quien conservaba todas estas cosas dentro de sí, meditándolas en su corazón” (*Lc 2,12-51*).

d. Silencio de presencia amorosa

“Terminada la distribución de la Comunión, según las circunstancias, el sacerdote y los fieles oran en su corazón por algún espacio de tiempo” (IGMR 56 j y 121). El nuevo Ordo *Missae* sugiere que también se puede cantar un himno, un salmo o un canto de alabanza. Pero es evidente que, si ha habido al menos una ligera educación para el silencio, la asamblea se encuentra en este momento en una atmósfera de recogimiento e interioridad que pide callar. Es una exigencia del amor y de la presencia del amado. Aquí las palabras son innecesarias. No debemos olvidar que la participación en la comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo es un acto de amor por excelencia, es un darse, entregarse, es dejarse comer. Cristo viene a nosotros revestido y envuelto tras los velos del pan y del vino. Está ahí. Nos mira. Nos habla. Nos ama. Y nosotros debemos callar. Pero con frecuencia no dejamos lugar a la intervención de Dios. Corremos el riesgo de no abrimos, de endurecernos e impermeabilizarnos.

Ante la presencia activa y amorosa de Cristo en la Comunión, es necesario recoger todas nuestras potencias, unificar todos nuestros pensamientos y sentimientos, y ponernos frente a Él, mirarlo y escucharlo. Hay que dar lugar al “yo lo miro y él me mira”. De este modo brotará suave y delicada, correrá cálida y acariciadora la brisa del silencio, que se convierte en admiración y adoración, en alabanza y éxtasis. Es un dilatar nuestro corazón a la medida del corazón de Cristo y amar a todo el mundo con el mismo amor que Él lo ama.

2. Otros silencios

La IGMR n° 47 sugiere otros posibles silencios dentro de la celebración eucarística. Así, por ejemplo, en la oración universal “toda la asamblea expresa su súplica sea por la invocación común después de cada intención, sea por una oración silenciosa”.

Por otra parte, “la plegaria eucarística exige que todos la escuchen con reverencia y en silencio y que participen en ella con las aclamaciones previstas en el rito” (IGMR 55 h).

Al hablar de la preparación privada del sacerdote para “recibir fructuosamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo” el nuevo “Ordo Missae” prescribe que lo haga “con una oración en secreto” y añade que “los fieles hacen lo mismo orando en silencio” (IGMR 56 f).

También se aconseja “un breve silencio” después del “Oremos” de la oración después de la Comunión, “si no lo hubo inmediatamente después de la Comunión” (IGMR 122).

En fin, el mismo celebrante, de acuerdo a las características de cada asamblea podrá envolver en una atmósfera de sagrado silencio ciertos momentos de la celebración, y esto como una exigencia natural de la dinámica de conjunto.

B. El silencio en la Liturgia de las Horas

Si es muy importante la observancia de un silencio sagrado en ciertos momentos de la celebración eucarística, no lo es menos dentro de la celebración de la liturgia de las Horas, tanto individual como comunitaria. La “*Institutio Generalis de Liturgia Horarum*” (IGLH) es bien explícita al respecto. Tomando como base el artículo 30 de la SC afirma categóricamente que “en el transcurso de la Liturgia de las Horas se dé la oportunidad del silencio” (IGLH 201). Luego especifica las razones por las que debe observarse este silencio. Señala dos fundamentales: “para recibir plenamente la resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y para unir más íntimamente la oración personal con la Palabra de Dios y con la voz pública de la Iglesia” (IGLH 202).

Los momentos de la celebración en los que “es lícito interponer un espacio de silencio” serían, según la misma IGLH “o después de cada Salmo, repetida su Antífona según la costumbre de los antiguos, sobre todo si después del silencio se agrega la plegaria sálmica (cf. 112), o después de las lecturas, sean breves o largas y también, antes o después del responsorio” (IGLH 202), y en Laudes y Vísperas después de la homilía, si la hay (IGLH 48).

No aparece mención alguna respecto a la duración de este silencio. Pero se pone en guardia contra ciertos posibles abusos o peligros, que nos están indicando ya una orientación. Dice concretamente: “Hay que cuidar, con todo, que este silencio no se introduzca de tal modo que deforme la estructura del Oficio o traiga molestia y tedio a los participantes” (IGLH 202). Esta afirmación no necesita mucho comentario. Se comprende fácilmente que un silencio excesivamente prolongado desnaturaliza el ritmo de toda la celebración o puede llegar a causar fastidio, y por el contrario, excesivamente breve, se convertiría en un simulacro o fórmula que hay que cumplir. “*Ne quid nimis*”. Por eso, la *Presentación General de la Liturgia de las Horas* señala intencionadamente, en el número 202, que se puede introducir un espacio de silencio “según la oportunidad y prudencia”.

Tampoco aparecen indicaciones sobre las actitudes que se deben observar durante este silencio. En cuanto al contenido de estos espacios de silencio no se especifica nada expresamente. No obstante, podríamos ver una sugerencia en este sentido en el ya mencionado n° 202 de la IGLH. Según este texto, esos momentos de silencio servirían para una más plena captación del paso del Espíritu Santo por los corazones y para una unión más íntima y personal con la Palabra de Dios y con la oración pública de la Iglesia. Evidentemente cada uno llenará estos tiempos de silencio de acuerdo a las propias necesidades y serán momentos de meditación y de reflexión, de reposo y de intimidad, que con frecuencia podrán cristalizar en una alabanza o acción de gracias, en una contrición o adoración más íntimas y personales.

Conviene hacer notar que en la recitación individual del Oficio divino, “se da una mayor facultad de realizar pausas para la meditación de alguna fórmula que promueva el afecto espiritual, sin que por esta causa el Oficio pierda su índole pública” (IGLH 203). En la práctica

este silencio puede quedar suprimido o desvirtuado por la precipitación y las exigencias de la pastoral moderna.

Consideraciones finales

Se puede afirmar que, entre todos los elementos que integran una celebración litúrgica, el silencio tiene un valor de primerísima importancia. No obstante, conviene tener presente que el silencio no es un fin en sí mismo, sino que es un elemento más de la celebración, elemento que está al servicio de la glorificación de Dios y santificación de los hombres. Tiene el valor de signo sagrado y medio aptísimo para la intimidad con Dios. El silencio entra a formar parte de la celebración en distintos niveles. Hay un nivel exterior: es el silencio del espacio, del templo, el silencio del lugar sagrado, y también el silencio de la asamblea en sus movimientos y desplazamientos, en sus gestos y actitudes. Por otro lado, está el nivel interior hecho de atención y recogimiento, escucha y presencia activa. Ya queda dicho más arriba: es la actividad profunda del amor que escucha.

Así considerado el silencio no viene a ser un rito más, sino que, por el contrario, se convierte en un enriquecimiento de la oración. Pero para lograr esto es necesaria una introducción al silencio que no siempre se tiene en cuenta. Tal vez nos falta una pedagogía del silencio para la celebración litúrgica. Y esto se hace sentir de un modo más notable en las asambleas parroquiales, donde se imponen espacios de silencio sin una previa motivación. Actuar así es preparar el camino que conduce al ritualismo. El silencio necesita siempre ser motivado, máxime en una asamblea que momentos antes estaba inmersa en la agitación y el bullicio. Sin embargo, esta motivación debe realizarse con discreción, medida y sumo respeto para con los fieles, pues un exceso de explicaciones, introducciones y comentarios causaría desagrado y sería muy difícil crear ese estado interior de atención y apertura, disponibilidad y silencio que se busca.

Para terminar y a modo de evaluación final, queda planteada la siguiente pregunta, a fin de que cada lector la complete con su respuesta personal y sincera: ¿Qué lugar ocupa de hecho el silencio sagrado, recomendado por los Padres conciliares, en nuestras celebraciones litúrgicas?

Luján